

La inmigración, ¿es un problema o es una solución?

por Antonio Mendizábal Echeverría

Más de veinte mil habitantes tiene Rentería. De ellos, la mitad son de inmigración o foráneos: extremeños, castellanos, andaluces, etc. en número de diez mil... alberga bajo sus alas esta poderosa Villa, formando el cincuenta por ciento de su población.

Todo pueblo o nación, a lo largo de su historia, pasa por diversas fases: infancia o iniciación, juventud, madurez y, muchas veces, decrepitud y muerte. Cuando un país es niño o demasiado joven es influido y arrastrado por las corrientes que se derivan de los países vecinos más prósperos y vigorosos. Y en la medida que se va haciendo fuerte va dejando de ser influido y comienza a influir en los demás. En España, hasta hace unos siglos, la zona que marcó la pauta fue siempre el centro, sobre todo Castilla. Y toda la costa peninsular se sintió arrastrada por las normas que ella marcaba. Hoy, por lo menos en el terreno económico, el poder se ha centrifugado y transmitido a la costa, y tenemos la emigración general del centro de la Península a todas las costas. Los problemas planteados en el País Vasco son un caso particular de esta regla general.

Todo país, lo mismo que todo individuo en período de crecimiento, llega a una edad en que comienza a crear sobre lo aprendido. Esta capacidad creadora podrá ser mejor o menor, según la fuerza vital con que cuente. Un pueblo puede tener una capacidad creadora que sobrepase sus propias posibilidades de realización. Por ejemplo, un hombre solo puede labrar y abonar su huerto según sus planes. Un gran plan agrícola salido de la mente de un individuo necesita de infinidad de colaboradores para su realización concreta. El ingenio industrial de un hombre puede requerir para su realización la aportación del trabajo de todo un pueblo. Y si la fuerza crea-

dora brota de todo un pueblo se necesitará la colaboración de otros pueblos. En este caso se encuentran todas las naciones, regiones y provincias que reciben la emigración de otros pueblos; entre ellos se encuentra el País Vasco y, en concreto, Rentería.

Esto quiere decir que para haberse realizado este Rentería, que es admiración de propios y extraños, ha sido necesaria la colaboración de todos los extremeños, gallegos, castellanos, etc. que en ella conviven. Esto es evidente por sí mismo. ¿Qué ocurriría si todos ellos tomasen los bártulos y nos abandonasen? Pues como forman la mitad de los habitantes sobraría, sin duda, la mitad de las fábricas, de las que tanto nos enorgullecemos, y la mitad de las viviendas, y la mitad de las calles y, en principio, sobraría a todo renteriano la mitad de su cerebro. Y entraríamos en calado por la pendiente que nos llevaría a un Rentería paradisiaco para quienes no tienen fe en el futuro y desconfían del progreso, pero, en realidad, un Rentería infantil.

¿Quién ha hecho a este Rentería? Si se miran los nombres de la inmensa mayoría de las entidades comerciales e industriales de la villa se verá que la iniciativa y la responsabilidad es del pueblo renteriano o casco en general.

¿Qué papel desempeñan nuestros ya familiares inmigrantes? Hasta ahora exactamente el mismo que los obreros de una fábrica en el desarrollo de ésta. Estamos en la época en que los obreros exigen intervención en la gestión de las empresas, participación de beneficios y otras muchas cosas más. Y esto porque se han percatado de que una factoría no solamente se debe al ingenio y capital del industrial, sino también al trabajo y responsabilidad de la mano de obra. Sin obreros no hay fábricas. Sin extremeños, gallegos, andaluces no hay Rentería. Y con el mismo derecho con que pronuncia un obrero "mi fá-

brica", tienen derecho aquéllos a decir "mi Rentería". Gente que ha asentado aquí sus reales y que a diario amasa con sus sudores los productos renterianos salidos de sus manos, es renteriana por derecho propio.

Si la inmigración fuese fundamentalmente un problema, existirían varias soluciones: cerrar muchas fábricas o limitar con leyes sus ampliaciones. Los que en este caso emigrarían serían los propios renterianos, lo cual sí sería un problema. ¿Encargar, entonces, a los matrimonios renterianos que críen hijos a todo pasto? Es ya un remedio tardío.

Entonces la inmigración no es en sí problema, sino solución; solución dada a un problema creado por nosotros. Vienen los hijos de Cáceres, de Galicia, de Andalucía, de Salamanca, etc. a colaborar con nosotros en una empresa común, a ayudarnos a trabajar. Bien saben ellos que como obreros quedan en el anonimato, pero apoyan honradamente hombro con hombro en el montaje de este tinglado de fábricas y chimeneas que se llama Rentería. Entonces vengan enhorabuena. Son los inmigrantes a un pueblo, cuando en éste es alto el índice de natalidad, símbolo de su fecundidad creadora. Mientras vengan, es señal de que cabalgamos. Y cuando se detengan, también lo será de que hemos agotado nuestra capacidad creadora.

Abandonaron sus pueblos, dejando allí un problema: por afán de superación, de prosperidad y de trabajo; y aquí se les recibe por lo mismo: por nuestro afán de superación, de prosperidad y de trabajo. En definitiva, porque nos necesitamos mutuamente. Este sentimiento es tan manifiesto que en todo el País Vasco la convivencia, el respeto y la confraternización brotan espontáneamente. Lo dicen ellos y lo sabemos todos.

Pero cuando a un importante problema se le da una gran solución, frecuentemente esta solución crea nuevos problemas o exalta otros que antes estaban latentes. Es lo que aquí ha ocurrido. Al hacer venir a todos esos pueblos hemos puesto un punto de integración sobre las costumbres, el idioma, la biología y la idiosincrasia vasca en general. ¿Qué será ahora de todo esto que es lo más íntimo?

Existen dos tipos de emigrantes: 1.º Los que van a fundar pueblos y los hacen siempre a imagen y semejanza propia; 2.º Los que van a vivir a pueblos ya con personalidad propia: estos son ellos mismos transformados a imagen del pueblo elegido. Depende de la capacidad de éste. Ellos vienen a aprender muchas cosas; enseñémosles en la íntima conversación cuanto bueno tengamos. Pero bien seguro que después de un diálogo nunca salen los dialogantes como cuando comenzaron, sino que siempre hay un cambio por la intercomunicación de ideas. Nunca el aislacionismo ni el soliloquio fueron academias de la verdad. Sí, sin embargo, el intercambio, pues todo el mundo tiene algo que aprender, mucho más que enseñar. Y como en nuestro caso se trata del país de la iniciativa, mucho más será lo que tenga que enseñar y aquí está la posibilidad y la seguridad de la supervivencia de nuestra idiosincrasia. Lo que desaparezca después del máximo esfuerzo será por carencia de base y consistencia. El País Vasco, lo mismo que cualquier otro pueblo que florece, nunca volverá a ser lo que fue. Algo cambiará y seguro que a mejor. Si se ha arrancado con este florecimiento industrial quiere decir que se antepone a muchas cosas y que implícitamente se aceptan sus consecuencias.

